

13 DE OCTUBRE DE 1879.

Madrid.

Ciertamente que se han representado en los teatros obras, con vario éxito, de que pudiera ocuparme, dando interés y amenidad a estos artículos... Pero si no me ocupo con tanto espacio como en otro tiempo de las producciones dramáticas representadas, consiste en que EL LIBERAL ha dado a su sección de teatros un gran desarrollo.

Por una parte en sus *Diversiones públicas*, da cuenta de los estrenos de obras ligeras; por otra en su sección *Desde la butaca*, se ocupa de aquellas obras interesantes por sí mismas, ó por cualquier circunstancia que las precede ó acompaña, y finalmente en *Los Lunes* continuará sus críticas autorizadas mi querido amigo García Cadena.

Las obras dramáticas que se representen han de ser juzgadas, pues, bajo todos sus aspectos, en su éxito, en su organismo, en su desempeño, y yo poco sabría decir original y oportuno...

Me reservo, sin embargo, el derecho de añadir alguna a la crítica universal de los teatros: mi reino es todo el universo y pienso recorrerle con los ligeros vuelos de mi espíritu.

Mas por hoy nada diré de las obras recientemente representadas: me limitaré a deplorar la nueva caída del fácil y ameno ingenio de D. Miguel Echegaray: todo el público ha dicho que esta comedia es de una sencillez infinita.

Y en efecto; es como si estuviésemos tres horas seguidas de visita en una casa donde no pasara nada de particular.

Mas el curioso lector dirá, sin duda, que si *Los Lunes* han de publicar las notables críticas de García Cadena, ya en esta hoja debiera empezarse a publicarlas.

Es cierto; pero mi amigo tiene una hija, y ésta linda niña está enferma... Vaya Vd. a pedir, en tales casos, al espíritu amante, inquieto y asustadizo de un padre que fije su atención en algo que no sea el rostro de su hija...

Pero el teatro Real es un teatro aparte. La ópera es el coro de las artes agrupadas en torno suyo por la vanidad.

Así es que no se ha inaugurado aún el Real, y los madrileños tienen casi agotado el tema en sus conversaciones, y los periódicos han llenado cientos de columnas; y el nombre de Rovira, ayer casi desconocido, es hoy una de las mas brillantes estrellas del cielo de la fama. Rovira dispone del teatro Real, que es mejor que disponer del Olimpo.

Ha hecho gastos inmensos, y el oro fascina. Tanto dinero invertido en una empresa que considera el público azarosa, le rodea de misterio. Rovira tiene algo de Monte-Cristo... Si quiere continuar reinando en la sociedad, y continuar siendo buscado, celebrado y adulado por los que ayer se distraían tal vez al encontrarle y no contestaban a su saludo, procure... que no se le acabe el dinero.

Las opiniones acerca del mérito y buen gusto de las reformas hechas en el teatro Real, son varias. Debe tenerse en cuenta que la mayor parte de las personas que dan su opinión sobre ellas no han visto el teatro en perfectas condiciones para formar juicio. Los teatros se ven cuando están ocupados por el público.

Es la opinión general, sin embargo, que el teatro tiene un aspecto mas aparatoso que elegante. El teatro ha perdido aquella dignidad, aquella majestad española altamente aristocrática; su aspecto es el de un noble moderno, equipado, charolado y sobredorado con el oro del negocio, a costa de la tontería universal.

Mañana podremos juzgar del acierto de esta reforma... Yo no soy partidario de la antigua sala del teatro Real. Creo que era demasiado severa, y que la decoración propia de un parlante donde han de congregarse graves doctores, no es propia del salón en que se reúnen damas y caballeros con el único propósito de divertirse.

Pero la ornamentación espléndida de los teatros tiene el inconveniente de anular el público. No se ven las fisonomías, ni los trages: las personas parecen ligeros detalles de un friso, y sobre los espectadores se alza imponente, abrumadora, la personalidad del adornista.

Un teatro es un estuche de alhajas: debe, pues, hacerlas resaltar y lucir. Veremos mañana.

Mas aún que la apertura del teatro Real, preocupa en los círculos elegantes las noticias que dan los periódicos de la canastilla de boda de la futura reina de España y del viaje a Viena del duque de Bailén.

La canastilla, claro está que contiene primores: terciopelos azules, rasos de color de ópalo, encajes de plata y oro, velos de encaje con los escudos de los reinos de España bordados; sillas de perlas y de brillantes...

En cuanto al viaje del duque de Bailén, se dice que desplegará en Viena el fausto propio de su misión: que todo cuanto pueda contribuir al buen nombre del Rey de España y al nombre español, otro tanto rodeará de prestigio la embajada.

La tradición en estos casos, exige condiciones especiales en tales embajadores, y yo no extraño que los periódicos hayan publicado nombres y nombres antes de fijarse en el del que ha sido nombrado. Si se hubiese tratado de un destino con un buen sueldo hubiera sido otra cosa.

Pero hay ocasiones en que nombrarle a un embajador es lo mismo que decirle: Le envío a Vd. de embajador a San Petersburgo, a Londres, a París, ó a Viena; su misión de Vd. es... arruinarse.

Pero estos son acontecimientos que sólo preocupan a determinados círculos de Madrid, lo que ha obtenido la universal atención, es la cogida de Frascullo.

Se había puesto en frente del cuarto toro con

mas gallardía y decisión que nunca, y le pasaba de muleta con un primor entre frenéticos aplausos; lo mismo que si no le hubiera cogido nunca un toro.

Pero Frascullo tiene, creo haberlo dicho en otra ocasión, la nostalgia del cuerno, y poco despues volteaba una vez mas en las astas del bruto.

Las noticias de su salud, que se piden con ansiedad, son contradictorias... La herida, sin embargo, parece grave. Acaso no pueda trabajar en toda la temporada.

¡Qué desgracia!—decía un pollo ayer sinceramente afligido—Frascullo herido y ronco Garayzarrel... ¡Tendré que irme de Madrid!

Todos los periódicos han consagrado largas resenas a la fiesta celebrada en Alcalá con motivo de la erección de una estatua a Cervantes.

El talento de un escritor no puede morir, está en sus libros y la humanidad le absorbe; pero ella necesita mas; despues de tener el alma del escritor, quiere tener el cuerpo del hombre: quiere no solo sentirle, sino verle.

Pero el cuerpo del escritor es polvo; aquel telar de nervios en que se tejió el pensamiento ya no existe; ¿Qué importa? el arte modelará otro cuerpo, y para que ni las enfermedades le alteren ni la muerte le destruya, ni le carcoman los gusanos, le hará de bronce.

La estatua es el único cuerpo digno del genio.

Su cuerpo natural es sólo un pretexto para que baje al mundo su alma.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Estado de los pueblos en la Exposición de París de 1878, por D. Claudio Boutelou.—Un vol. de 444 págs.—Sevilla: Biblioteca científica-literaria; 1879.

Todos los pueblos envían al jurado de las exposiciones universales aquellos hombres que tienen ilustración y experiencia bastantes para juzgar de los adelantos realizados en los diversos ramos que constituyen estos grandes certámenes. Nadie cree su misión cumplida porque obtengan cierto número de premios para los expositores nacionales, ni aun porque contribuyan a distribuirlos con acierto. Los deberes que han de realizar son mas elevados y amplios. Informar sobre los adelantos que observaron, vulgarizar las conquistas hechas en el órden científico y en el industrial, insistiendo sobre lo que puede ser mas útil al país cuya representación tenían; hé ahí lo que en primer término les toca hacer.

Así, cuando los jurados, concluido el certamen, vuelven a sus naciones respectivas, redactan informes que los gobiernos publican para mostrar que alguna ventaja se alcanza concurriendo a esas pacíficas batallas tan gloriosas para nuestro siglo, tan útiles al progreso de la humanidad. Esta es tambien la forma oportuna de justificar la realización de los sacrificios y sacrificios que impone a un país la asistencia a aquellos grandes certámenes.

Nosotros esperamos que España aquí, en este como en tantos otros casos, no constituya una excepción. No dejamos de nombrar comisarios y jurados como cualquier otro pueblo, ni de dotarlos con esplendor; esperamos que no se aguarde en balde que cumplan sus deberes del modo que teníamos derecho a exigir, del modo que los cumplen en otras partes.

Si para las Memorias científicas aun no es tarde, para los informes generales que están obligados a presentar las comisiones ha transcurrido ya bastante tiempo. A pesar de esto, no tenemos noticia de que todavía se haya dado a luz, ni aun de que se prepare el de la española en aquel gran concurso. Casi aconteció lo mismo con la de Filadelfia. Dos Memorias se hicieron por cuenta del Estado sobre ese certamen; pero los autores de una y otra, afanosos por abarcar la multiplicidad de materias a que su estudio se prestaba, tratáronlas todas tan ligeramente que sus informes superficiales y breves, tienen escaso valor.

La iniciativa particular, sustituyendo ahora al Estado sigue este defectuoso rumbo. El trabajo del Sr. Boutelou es tambien enciclopédico. ¿Quién extrañará que no merezca llamarse profundo ni completo? El título que le ha dado su autor es un reconocimiento de esas circunstancias. El Sr. Boutelou expone los rasgos dominantes y característicos de cada uno de los pueblos que concurrieron a la exposición, de su cultura, de su movimiento industrial, de su desarrollo científico y artístico; ilustra el juicio del lector con noticias recogidas en sus viajes y observaciones, hijas de sus vastos conocimientos generales. Pero el libro no es mas que una ojeada a los palacios del Campo de Marte y del Trocadero.

El Sr. Boutelou expone mucho y a la ligera, comenta algo, critica poco, y casi siempre es su crítica excesivamente benévola. Abra el lector este volumen por la página 188, donde se trata de España y del lugar que ocupó en París. El Sr. Boutelou ha tendido un velo espesísimo sobre faltas que merecen un correctivo severo, y ha juzgado con perjudicial optimismo gran número de las obras presentadas. La exposición de 1878 ha revelado adelantos en la cerámica que nuestros fabricantes están muy lejos de realizar. ¿Por qué no dice el señor Boutelou que ha presentado España productos de ese arte que no admitían, bajo ningún punto de vista, la comparación con los productos de Francia y de Inglaterra?

Su benevolencia ha llevado al Sr. Boutelou en la sección de Bellas artes a no decir todo lo que fundadamente afirma la crítica de muchos cuadros que obtuvieron primeros premios, como el de Makart (Entrada de Carlos V en Amberes); el de Siedniewski y el de Wills (Lavatorio de la Torre de Londres). Interesaba a nuestro buen nombre que un profesor de competencia tan reconocida hubiese comparado las obras maestras de los diversos pueblos. De ese juicio comparativo habria resultado, lo que es honro-

sísimo para España, que los dos mejores cuadros exhibidos eran el de Munkary (*Milton dictando a sus hijas el paraíso perdido*) y el de Pradilla, aventajando éste a aquel, porque ninguna de las figuras del lienzo pintado por el ilustre húngaro tiene la expresión sentida, espiritual, viva y animada de don Juan.

El libro del Sr. Boutelou es de variada y amena lectura; contiene muchas noticias curiosas é interesantes sobre los pueblos que asistieron al certamen de 1878 y las múltiples manifestaciones de la actividad social que allí desplegaban sus mas brillantes galas. Está, además, bien escrito. La edición, hecha en caracteres elzevianos, es elegante.

LA ENCICLOPEDIA «ETERNI PATRIS» por D. Gumersindo Azcarate.—(De la Revista de España; número del 28 de setiembre de 1879.)

Considerando la palabra del Pontífice dirección autorizada de fuerzas sociales todavia vivas y poderosas, elemento influyente y trascendental que puede favorecer ó dificultar el cumplimiento del destino de los pueblos, atribuye el Sr. Azcarate extraordinaria importancia a ese documento, que ha venido a reivindicar, frente al tradicionalismo y a las teorías de Bonald, de Maistre y Valdegamas, los fueros de la razón humana, el respeto debido a la filosofía y la atenta consideración que merece el movimiento científico de nuestro siglo, señalando la verdadera línea divisoria que separa el pontificado místico y fanático de Pío IX del pontificado inteligente y político de León XIII.

El Sr. Azcarate establece y demuestra de una manera cumplida esa distinción.

El autor de la famosa Enciclopedia *Quanta cura ac potiori vigilanti* no hubiera suscrito jamás la Enciclopedia *Eterni patris*, porque Pío IX creía con nuestro Donoso que «la razón ama el absurdo con amor invencible». A pesar de la infalibilidad del sucesor de Pedro, Roma ha variado de rumbo; el Vaticano pacta una trégua con la civilización moderna de que se proclamó en el *Syllabus* ardiente y apasionado enemigo.

El hecho merece singular mención y atento estudio, porque hay en esa desviación del camino seguido durante el último cuarto de siglo un sintoma de debilidad, precursor de mas señalados decaimientos. Esa es a nuestro entender su nota característica. El Sr. Azcarate no opina así, porque tiene y revela en estas materias algun optimismo hijo de sus peculiares ideas.

Habria sido preferible que explanase algo mas estas. El asunto merecia tratarse extensamente. Tambien debemos recomendar al señor Azcarate mayor esmero literario, pues es lamentable ver expuestas con desaliño consideraciones tan elevadas como las que abundan siempre en todos los trabajos del ilustrado rector de la Institución libre de Enseñanza.

El derecho vigente sobre capellanías colativas de sangre, beneficios y legados pios, patronatos laicales y fundaciones de la propia índole, por D. Antonio Bravo y Tudela.—Tercera edición.—Un vol. de 432 páginas.—Madrid: imp. de L. P. Villaverde; 1879.

La materia en que se ocupa esta obra es una de las mas importantes y complicadas de nuestro derecho civil. Para estudiarla, para conocerla y para resolver las cuestiones que en la práctica la traen al debate, es útil este compendio donde el Sr. Bravo y Tudela ha reunido todos los antecedentes históricos y consideraciones legales indispensables para la inteligencia de los derechos creados por esas instituciones canónicas-civiles.

Antes de entrar en el examen del convenio-ley de 24 de junio de 1867 a que se consagra la mayor parte de este volumen, el Sr. Bravo y Tudela, explicando los que a su juicio son principios y doctrinas fundamentales de la materia sobre que discurre, asienta, respecto a la Iglesia, a su potestad y a su derecho de adquirir, así como respecto a la constitución de la propiedad eclesiástica, ideas que juzgamos inaceptables, como fundadas en el fin que a la Iglesia atribuye y en el supuesto de que esta es una sociedad perfecta. En realidad, esta introducción no era necesaria, ni perjudicaba al carácter eminentemente práctico del libro que el señor Bravo hubiera prescindido de estampar a su frente esas consideraciones doctrinales. En la explicación de la naturaleza y clases de los beneficios; en la de las capellanías y fundaciones de índole analoga el Sr. Bravo expone con claridad y lucidez. En el comentario del convenio-ley revela juicio perspicaz y variados conocimientos.

La obra está regularmente impresa, todo lo bien impresa que puede estar una edición económica.

Otras publicaciones.—El Sr. Salés y Ferré ha publicado recientemente la duodécima edición del *Resumen de historia general y de España*, debido a la pluma del Sr. D. Fernando de Castro. Entre todos los libros de texto que andan en manos de los alumnos de segunda enseñanza matriculados en aquellas asignaturas, el del Sr. Castro es uno de los mas convenientemente escritos y uno tambien de los mas recomendables, por la elevada imparcialidad y el progresivo sentido de su ilustre autor. El Sr. Salés y Ferré ha mejorado, además, considerablemente esta obra, rehaciendo la historia del antiguo Oriente y algunos puntos de la de Roma, conforme a los novísimos descubrimientos; publicandole aparte la *Historia de España*, adicionada con todo lo que en la edad antigua se refiere a nuestro país, é ilustrando ambos volúmenes (de dos consta ahora este *Resumen*) con mapas y grabados, porque es imposible sin aquellos dar un solo paso firme y seguro en el estudio de los hechos históricos, y porque los grabados, además de fijar la atención del alumno, explican el texto mejor que una descripción minuciosa.

—Han merecido elogio de la crítica profesional las excelentes *Tablas dictonómicas* para la clasificación de los tipos, órdenes, clases y familias en los reinos animal y vegetal, dadas a luz por D. Adolfo Parada y Barreto. Constituyen un buen guia para el estudio de las ciencias naturales.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

Visitas retrospectivas.

Don Antonio García Gutiérrez.

La tarde estaba hermosa.

—Cochero.

—Señorito.

—A las Ventas del Espíritu-Santo.

—Es que...

—¿Qué?... vamos.

—Que allí no reza la tarifa.

—Será mas cara la tarifa.

—Eso es... y si pasamos el portazgo, mas cara aun.

Ajustamos el viaje, y veinte minutos despues se detenía el vehículo ante la verja del hotel número 3 de la Plaza de España, en el paraje donde sembró tanto oro *La Peninsular*, y donde tantos desengaños han recogido los que la confían sus ahorros.

Al detenerse el coche, dos ó tres niños se acercaron a la entrada, y una doméstica apareció en la puerta del hotel.

—El Sr. García Gutiérrez? pregunté.

—Si señor, aquí vive.

—¡Abuelito! ¡abuelito! gritaron los niños al mismo tiempo que corrían hacia el interior de la casa.

La verja se abrió, y guiado por la solícita doméstica, atravesé un pequeño vestíbulo, subí una escalera a cuyo pie aparecía echado un león de yeso, y llegué a una sala del piso principal.

—El señor vendrá en seguida, me dijo la criada.

—Muy bien, esperaré.

—Pero, tome Vd. asiento, añadió con la mayor amabilidad.

No era lo que mas me convenia; porque dado el propósito que me llevaba a visitar al gran poeta, era para mí una fortuna estar sólo algunos instantes é imitar la adorable curiosidad femenil escudriñando los accesorios de la morada del ilustre vate.

A pesar de todo, hice a la vista cómplice del deseo.

A mi derecha habia una puerta cerrada: a la izquierda otra entreabierta que permitia ver un despacho, sencillo, modesto, ordenado, como todo en aquel hogar que revelaba una familia formada al calor del afecto y protegida por el honrado bienestar.

Uno de los tres balcones de la sala estaba abierto: por él se veía en frente la línea tortuosa del Arroyo Abroñigal salpicada en sus bordes de escasos y olvidados árboles, parte de la famosa pradera de la Fuente de la Teja y la arboleda de los otros hoteles y casitas de planta baja de *La Peninsular*.

En esta ojeada empleé dos minutos.

A la curiosidad que me inspiraba el deseo de examinar la atmósfera que rodeaba al poeta, sucedió el recuerdo de su vida.

Yo la conocia, éramos antiguos y buenos amigos, habia oído de sus mismos labios muchos episodios, la habia contado al público. Figurábase al joven estudiante alejándose alegre de la cátedra cerrada por el decreto con que Fernando VII sacrificó las Universidades a las escuelas de tauronomía; y le veia, mozo aun, escaparse de Cadiz con un amigo y recorrer a pié y sin monedas la larga distancia que le separaba de Madrid; su equipaje no era voluminoso: cuatro comedias, pero en vez de pesarle, le daba alas para llegar a la realización de sus hermosos sueños. ¡Ilusiones engañosas! Al despertar, sólo halló en el empresario que debía abrirle las puertas de la gloria, un protector que a cambio de trabajos periodísticos, le abrió la escueta bolsa del director de un diario.

Recordaba despues los cinco meses de fiebre que produjeron el *Trocador*: el martirio del poeta al oír leer su drama a un apuntador que tomó a broma aquella inspiración del genio; su desaliento al ver que los actores desdenaban su obra; su gratitud hacia el inolvidable Lombia por que le adivinó; su desesperada situación obligándole a sentar plaza de soldado; su estancia en el depósito de Leganés; su sorpresa y su felicidad al saber que su drama se ensayaba. Despues pensé en su triunfo, en las aclamaciones de un público entusiasta, y tras del éxito de *El Trocador*, los de *El page*, *El rey monge*, *El encubierto de Valencia*, *Simon Boccanegra*, *El grumete*, *Un duelo a muerte*, *Venganza catalana*, *Las cañas se vuelven lanzas*, *Juan Lorenzo*, *Crisálida y mariposa*, *Las tres coronas*, *El cuento de niños*; y evocando las creaciones de su genio, la poesía de su alma, las delicadezas de su sentimiento, los vuelos de su inspiración, apareciábase rodeado de la brillante aureola de la gloria como le vi siendo yo niño, la primera vez que fui al teatro, al presentarse en la escena a recibir una ovación al final de *El Trocador*, diez años despues de su estreno; como le vi mucho tiempo despues en la primera representación de *Venganza catalana*, con la belleza de su alma en los ojos, la timidez de su carácter en el semblante, y como pidiendo gracia por excitar admiración.

Esta especie de éxtasis duró los tres minutos mas que tardó en penetrar en el salón y tenderme su mano.

El tiempo no ha borrado la expresión de dulzura de su rostro; la nieve del cabello no ha enfriado el alma, el cuerpo ágil aún conserva la esbellez; pero la tersa frente que encerró el fuego creador sólo deia entrever una tibia y dulce claridad, ténsela que la emoción agita, que brilla al soplo del recuerdo ó de la esperanza, luchando con un despiadado enemigo: el cansancio.

¡Ha pensado y ha sentido tanto!

—¿A qué debo ésta agradable sorpresa? me preguntó.

—A una indiscreción. Hace ya algunos años que no nos vemos mas que de paso; he querido saber qué era de Vd., cómo vivia, qué tristezas le agobiaban, qué placeres le sonreían; y he venido a sorprender este secreto para ofrecer una satisfacción al revelarlo a los muchos que aprendieron a sentir en las obras de Vd. y han sido y son sus fieles admiradores.

—Usted viene á buscar al poeta, y ya no queda nada de él: aquí sólo hay un enfermo cuidado por sus hijos, un abuelo mimado por sus nietos.

—En ese caso encuentro lo que busco. Si el poeta, ya cansado, ha dicho adiós á la poesía, la poesía no quiere abandonarle, vive á su lado y yo la veo en el amor de sus hijos, en los niños de sus nietos, en la atmósfera que le rodea y hasta en la aislada y bella casita que ha elegido para su albergue.

Una sonrisa afectuosa iluminó su rostro, y á medida que hablábamos, se animaban sus ojos y brotaban de sus labios las frases cariñosas.

—Ya lo vé Vd., exclamó; aparte de mis achaques, no sólo no puedo quejarme de la suerte, sino que estoy reconocido á sus favores. Vivo con mi hija Elena y su marido, y no sé cuál de los dos me quiere mas. Todos los cuidados, todas las atenciones son para mí. Mi hijo Ricardo, que lleva muchos años empleado en la Deuda, viene á visitarme con frecuencia, y mi mayor delicia es verme rodeado de mis siete nietos, siete diablillos á ratos, y á ratos ángeles, que me entretienen y me encantan. La patria ha remunerado largamente los servicios que he podido prestarle, confiándome la dirección del Museo arqueológico. Mis hijos disfrutan también de una posición desahogada. Todos los días voy á pié desde aquí hasta el final de la calle de Embajadores, donde se halla el Museo, y á las tres de la tarde vuelvo á casa de la misma manera. Este ejercicio me hace bien, y á no ser cuando llueve, jamás subo á un carruaje. Las piernas son aún jóvenes; pero la cabeza... ¡ay! amigo, la cabeza me abandona á menudo.

Entonces me contó la enfermedad que había sufrido hace cosa de un año. Acababa de representarse su comedia *Cuento de niños*.

Una tarde, después de comer, corrigió las últimas pruebas de la obra; esta tarea le obligó á acostarse mas tarde de lo que acostumbraba, y al día siguiente, al levantarse, se halló como si hubiera vivido siempre en un desierto, sin memoria de nada, con un aturdimiento inexplicable.

Pasó un día de crisis terrible, amenazado de un derrame seroso: la naturaleza venció; pero quedaron en su cerebro las huellas del mal.

—Ya no escribiré mas, añadió: mientras no trabaje me hallo bien; pero apenas proyecto dar forma á un pensamiento, la cabeza me avisa y he renunciado hasta á acabar el poema que me inspiró la conquista de Méjico. Créalo usted, el poeta acabó: sólo queda el pobre viejo.

—No tanto... ¿Usted nació en el año 12?

—Poco á poco, exclamó con viveza interrumpiéndome... no sea Vd. tan espléndido: nací el 5 de julio del año 13. A cierta edad los años son demasiado preciosos y hay que contarlos con esmero.

Le pedí algunos datos acerca de la obra dramática que presentó en la anterior temporada al teatro Español. Los periódicos indicaron que á dirección no la había admitido.

—No es cierto eso, me dijo: al contrario, he merecido á Calvo un afecto y una consideración que no olvidaré nunca. Lo que ocurrió fué que yo deseaba que mi drama se representase durante la Cuaresma; en mi concepto, podía favorecerle la atmósfera religiosa de esa época del año. Pero el D. Alvaro, admirablemente interpretado por Calvo, daba magníficas entradas; después Elisa Tenorio, que tenía un papel principal, rompió su contrato y yo guardé mi obra para mejor ocasión.

Es seguro que este año podrá el público aplaudir *La mejor corona*.

Con este motivo hablamos de la actual situación del teatro, de los actores y haciendo justicia á los que valen por su genio y su ilustración, convinimos en que la profesión, abandonada á sus propios instintos, tiene sumidos en la mas deplorable ignorancia á una gran parte de los que la ejercen.

—Eso es añejo ya, me dijo: recuerdo que en mis mocedades había un actor que presumía de erudito, compraba libros y no perdonaba medio de dar á conocer su ilustración. —He adquirido una obra francesa importantísima, decía un día á varios literatos. —¿Cómo se titula? le preguntaron. —Veanla ustedes, añadió mostrándole un libro con muchas láminas representando trajes de diferentes épocas; se titula *Costumbres graves*. El título de la obra era *Costumbres graves* es decir: *Figurines grabados*.

Esta anécdota aumentó nuestro buen humor: llamé á sus nietos; penetré mas y mas en el seno de la familia, y mi satisfacción fué inmensa al ver que el gran poeta, en el último tercio de su vida, goza de la verdadera, de la única felicidad que ofrece el mundo.

Su nombre hace época en la historia del teatro moderno: la gloria le ilumina y los gozos del afecto y las satisfacciones de la vida íntima le sonríen.

—¿Y va Vd. á la Academia Española? le pregunté.

—Muy rara vez: soy el peor académico del mundo: no acierto á formular una definición.

Entonces recordé algunos fragmentos de sus obras y le comprendí.

Con alas no es posible andar: hay que volar. Mas de dos horas habían trascurrido, y me levanté.

—Daremos una vuelta por el jardín, me dijo. Son tan pocos los que se acuerdan de mí, que necesito aprovecharme de la ocasión.

—De modo que los antiguos compañeros... —Harto tiene que hacer con sus achaques...

Solo un joven poeta viene á verme á menudo, y cuando esto sucede me hace olvidar la soledad literaria en que vivo.

Y pronunció el nombre de Carlos Coello, que yo repito con mucho gusto.

Bajamos al jardín, los niños corrían y jugaban á nuestro lado y pude despedirme del gran poeta dulcemente impresionado.

No habíamos hablado de política, ni murmurado contra el gobierno, ni siquiera como buenos españoles habíamos despreciado á nuestro país, cuando un incidente nos proporcionó ocasión de reírnos un poco de la administración de correos.

Un cartero que llegaba dijo á García Gutiérrez:

—Vea Vd. si este pliego es para Vd.

Y le entregó un periódico en cuya faja manuscrita se leía en letras grandes: *Espritismo*, y debajo, en letras microscópicas *Mr. le vicomte de Torres Solano*.

—*Espritismo* se dirá al empleado distribuidor de cartas: debe ser en las Ventas del *Espritismo*.

Este episodio cómico amenizó nuestra despedida.

El carruaje partió: á la derecha dejó la casa donde murió hace años Valeriano Becquer... ¡un gran artista!

Pensando en la entrevista que acababa de celebrar iba yo ensimismado, cuando el coche se detuvo y un empleado de consumos:

—¿Lleva Vd. algun artículo que pague? me preguntó.

—Lo llevo en la cabeza, contesté; pero hasta dentro de unos días no podrá Vd. verle.

—¿Qué lo decomise ahora!

JULIO NOMBELA.

El torreón de Pinto.

Viajando por el ferro-carril llamado del Mediodía, según se viene á esta corte, al remontar la estación de Valdemoro y no bien se precipita el tren como una columna de aludes por la pendiente que conduce hasta las inmediaciones de Pinto, si ese tren es el correo, divisará el curioso que requiera desde una ventanilla los mas salientes lugares del paisaje, cerca y á la mano el edificio-fábrica de la Compañía Colonial, tan popularizado en clásicos anuncios por todas las cuartas planas de periódicos leídos; y algo mas lejos, formando extraño contraste, un torreón vetusto de líneas muy severas, aislado como un monolito, con apariencias de bien conservado, tan chocante por aquella soledad en que se hace sombra á sí mismo, como por la que su respetable vejez proyecta sobre la gran fábrica, ante cuya vecindad, oliente á cacao, parece indignarse con ceño feudal y guerrera cólera.

Fué así, en un viaje desde el Turia al Manzanares, cuando le divisamos por primera vez, gozosos de ganar en la luz de aquel alba lo que otra vez perdiéramos en la espesura de la noche.

Castillo de tal cuenta debe tener mucha historia, pensamos á su vista, y esta clase de historias las conoce, mas ó menos á bulto, todo un vecindario. En casos semejantes hemos creído siempre preferible oír las de labios impecables, es decir, indolentes: así se ahorra uno el sonrojillo de pasar por ignorante á los ojos de un señorito ó señorón lugareño.

Parecióme sugeto sencillo, sin repunta de bachiller ni literato, un buen hombre que se paseaba por el andén, y me valí de su bondad.

—Dígame Vd. si es servido: ¿qué torreón es ese de la verja?

—La torre de la señora duquesa de Uceda, donde estuvo presa la princesa de Eboli.

—¿Ahí?

Pero, ¿qué ahí! Me sentí avergonzado de no recordar que todas cuantas crónicas ó historias se han ocupado en la caída de Antonio Pérez, consiguan aquel pormenor. Por supuesto, dije para mi sayo, bien pudo estar en otro sitio del mismo Pinto, y un diligente erudito no hubiera caído en ridículo con la pregunta. Apesar de cuya anterior vindicación, reíne grandemente de mi ignorancia, y no menos de tan cándida defensa.

Desde aquel momento hice propósito de visitar el interior de la torre, con todas las ilusiones de un *amateur* de voto. Mis piés recorrieron las estancias por que se habrán deslizado peregrinos, en el melancólico abandono de la reclusión, los menudos chapines de doña Ana de Mendoza: no aspiraba á menos. ¡Pero no habrán cambiado los pisos! No importa: algo quedará de su recuerdo; cuando no otra cosa, oprimiré todos los hierros, en todo su largo, pues que rejas bien habrá, seguro de topar con uno de que mas de una vez se asirían aquellas manecitas de la duquesa de Pastrana en las convulsiones de la ira.

Así fantaseando, di con mi cuerpo en la villa de Pinto y no mucho despues con mi curiosidad en la torre.

Al atravesar la verja de un jardín que circunda la torre, y cuando la puerta que le dá acceso dejábanos ya entrever el fondo de su planta baja, mi contraria idea agitaban nuestro pensamiento, representándonos con oscuros colores, que son los suyos propios, aquel tenebroso episodio del reinado de Felipe II. La imagen de la hija del conde de Melito, dama «bien bonita, aunque chiquita», según opinión de un contemporáneo, iba tomando los contornos que por multiplicada relación nos hemos forjado: si baja de cuerpo, bien proporcionada de sus miembros y hasta gentil su tallo; de porte agraciado y rostro hermoso, aun apesar de la falta de un ojo, que sabido es cómo lo perdió despues de casada por consecuencia de un golpe. Y acudía á nuestra memoria el suceso de su prisión, efectuada en la noche del 23 de julio de 1559, momentos despues de haber sido objeto de igual medida el célebre Antonio Pérez.

Mas duro el rey con la princesa que con el confidente de entrambos, mientras éste quedaba como arrestado en la casa de su aprehensor el alcalde de corte García de Toledo, doña Ana de Mendoza, vástago ilustre de la casa de Melito, despues de haber sido reducida á prisión bajo la vigilancia personal de Felipe II, que desde un portal disimulado en frente de la casa de la princesa de Eboli, la misma en que se halla hoy instalada la redacción de EL LIBERAL, celaba la ejecución de su mandamiento, fué conducida á Pinto, sin mas dilación que el tiempo necesario para el indispensable arreglo de su persona, acompañada de sendas guardias á las órdenes del mismo capitán encargado de prenderla, D. Rodrigo Manuel de Villena, convertido desde aquel instante en su alcaide; y al amanecer del día 29, hacia su entrada en la prisión, seguida de dos damas de su mayor confianza. Allí permaneció, cada día mas apretada del rigor de sus carceleros, sin comunicación ni trato alguno que no fuera con sus camareras, en mal condicionado aposento, privada de observar las prácticas religiosas, irritados los humores del alma por la altivez de su condición y los del cuerpo por la insalubridad de aquel castillo, hasta comienzos de febrero del año siguiente, en que fué trasladada al de Santorcaz, verdadera prisión de Estado donde ya un día se vió recluido el gran cardenal Cisneros y donde mas tarde fué tambien puesto á recaudo una de tantas victimas como acarrearon las mañas de Pérez y los dotos del rey, el aragonés D. Juan de Luna, auxiliador en el levantamiento de Zaragoza del infeliz Justofo ajusticiado.

Puntualizando todos estos indicios, penetramos en el torreón.

Constituye una sola pieza la planta baja, de igual forma que el castillo, casi elíptica, pudiendo por esta y su extensión compararse con la rotunda que dá entrada principal al palacio del Congreso. Sirve de fresca y aun espaciosa vivienda á los guardas del torreón, viniéndose las paredes recubiertas de yeso, cuyo revestido priva de todo sabor arqueológico al interior de los muros, dándole un aspecto moderno de desagradable anacronismo. Parte de la bóveda se ha descascarado, con trazas de que continúe el desprendimiento calcáreo, mostrándose densamente ennegrecida la parte descubierta. Hubo de llamarnos atención de aquel detalle, é inquiriendo su causa de labios de nuestro *cicerone*, el apoderado del actual dueño, pudimos averiguar que el torreón había estado en gran abandono durante largo tiempo, sirviendo de refugio á familias vagabundas, aduantes transeúntes y mendigos nómadas, todos cuyos ranchos, al aderezar la menestra, habían ido ahumando las paredes de aquel hogar de asilo.

Desencanto primero; ¡en pos de todo el mundo aquel castillo! Pues buena conservación te dá Dios. Pronto, sin embargo, rectificamos en parte nuestro juicio: los huecos del torreón concluían allí y eran simuladas las ventanas y tragaluces. Porque ningún resto de escala dejaba entrever la posibilidad de una ascensión. Pero aquella, como que acababa de ser hecha: del interior de un alto armario, escabulléndose alto para su objeto simulado, y demasiado estrecho para cualquier imaginado disimulo, tendió la mujer del guardián el aparato conveniente, reducido á una gradería móvil de sencillez ingeniosa y mas sencillo maderamen, que por medio de un movimiento de abajo arriba quedaba fácilmente escondido en su prisión ó armario. Subimos. El primer piso dista de su tiempo mas aún de los siglos trascurridos: se ha convertido en granero.

Luz, la necesaria, absorbida por un arco que fué un tiempo la puerta principal, que hoy no es ni poterna, antes bien marco de balcón anómalo, y por algunas ventanas guardadas de fuertes rejas.

¿Sería aquel primer piso el alojamiento carcelario de doña Ana? Tal nos parece, porque todo indica que en tiempos feudales debía corresponder ese balconcillo de hogano á la subida marcada por el puente levadizo, y aunque en días muy anteriores á Felipe II habiase cegado el foso por inútil y borrándose toda huella de rastrollo, la disposición actual de la planta baja da bien á entender que el balcón sirviera aún entonces de poterna para el acceso natural del torreón, y la parte baja de cuartelillo de guardia; en cuyas circunstancias ofreciera seguridad para un preso aquel piso principal. Desde este continúa la ascensión por una escala de madera pintada de almagra, fija y de espira, tambien moderna: lo que abona nuestra suposición notada.

Este parecióme el piso ménos auténtico, como que está construido entre los dos naturales en fecha relativamente muy moderna.

Desde aquí, la escala es ya mampostada, superlativamente incómoda, acusando el edificio de allí para arriba un estado de conservación deplorable; el piso atestado de escombros por el desprendimiento total del yeso del ábside, ostenta al descuberto su fábrica de ladrillo con resquebrajadas alarmantes. Todavía se hacen accesibles algunos peldaños mas; pero en el término, cerca ya de la plataforma, falta escala y sobre riesgo, pudiendo solamente recurrir con la vista la antigua plaza de armas, recubierta de hierba menuda, sin vestigio alguno de almena, cabeza muy propia de aquella vejez intrépida, sobre la que han ido marcando su huella los siglos y arrebatando la su lozanía, pero sin haber aún humillado su corvix ni hecho vacilar sobre su asiento al flamante castillejo.

Recurrido su interior de abajo arriba, tiénese prisa por examinarlo nuevamente desde fuera; así es, que despues de haber abarcado varias veces con la vista el panorama de Madrid, que se extiende en un horizonte brumoso, recordando cuántas otras pasearía por él su mirada anhelante, la ilustre encarcelada, descendimos á la planta baja y nos apresuramos á completar el examen exterior de la vetusta fortaleza.

Alzase en el centro de un jardín, que los señores duques de Uceda guarnecieron con una buena tapia, para librar al torreón del carácter, que, según hemos dicho, le imprimiera años atrás la libre entrada. Su periferia corresponde á una elipse algo achatada por los polos del eje menor, de unos 16 metros de largo por 10 de ancho.

Sobre la reja exterior, en la parte que mira al camino de la estación á Pinto, ostentase un escudo de difícil apreciación heráldica, encima de otomodelado en piedra, muy mas reducido de tamaño y apenas distinguible en los detalles. Su examen lleva al observador á preguntarse de qué lustre casa española pudo ser muestra aquel blason compuesto de ladrillo esmaltado formando escaques de azul y plata, sin bordura ni otro cuartel por donde inferir su carácter. ¡Mátese esa profusión de detalles con que algunos se significan, ó un atributo particular por donde inferir su pertenencia, y solo por similitud genérica recuerda un tanto el blason de los Fries.

Recordamos entonces haber leído en Madrid que ese torreón perteneció en el siglo xv á la casa del duque de Arévalo, el cual la regaló á un D. Rodrigo de Mendoza, por haber éste facilitado la inteligencia de aquel magnate con doña Isabel la Católica en las conferencias de Madrid.

Dijérase del duque de Plasencia, qué es en lo que vino á parar el efímero duque de Arévalo, y se haría mas fácil la tarea de la investigación histórica. Nosotros no sabemos que ese concierto se efectuara en Madrid, pues todos convenien en que, hallándose Isabel la Católica en Tordesillas, muerto ya el rey Enrique, D. Pedro de Zúñiga, hijo del magnate rebelde, fué quien allanó el camino para la nueva evolución de su padre. Sea de ello lo que fuere, parece indudable que el torreón perteneció escaso tiempo á la casa de los Zúñigas, pasando pronto á la de los Fernánde de Velasco, en uno de cuyos primogénitos D. Bernardino, tercer conde de Haro y segundo condestable de Castilla, recayó la gracia del ducado de Fries, por real cédula de los Reyes Católicos, en Granada á 20 de marzo de 1492.

Como en el siglo pasado recayó el título de Fries, juntamente con las casas condes de Haro, Luna, Peñaranda y Fuensalida, en D. Diego Fernández de Velasco López Pacheco de Giron, octavo duque de Uceda, vino á ser éste dueño del torreón mencionado. Actualmente pertenece á la señora condesa de Luna, esposa de D. Luis Manuel Roca de Togores, hijo primogénito del señor marqués de Molins, heredera del conde de Luna, como hija de la décima duquesa de Uceda doña Bernardina Fernández de Velasco Roca de Togores, condesa de Peñaranda de Bracamonte y de Pinto, la cual señora fué una de las que con mas afición y gusto miraron aquel parage, hasta restaurar la torre cuidadosamente.

Cuando al alejarse la locomotora abarcamos de nuevo la silueta del torreón, que visto por fuera dá, la mejor idea de su estado, latía en nuestra mente la profunda duda de si fué la razón de Estado ó el estado de un amor repellido hasta el menosprecio lo que inspiró á Felipe II aquel ódio implacable contra la favorita de Antonio Pérez; y en verdad que si por las acciones mas salientes cabe adivinar alguna vez los pensamientos mas reconditos, no se acierta á descubrir cómo sino por celos de amor reconcentrados, pudiese perseguir sin desear la libertad de una mujer de tamblares artes, si, pero cuyas mañas se redujeron á escoger al astuto é inmoral secretario por objeto de su pasión ó instrumento de intrigas cortesanas, en alguna de las cuales, como la muerte alevé de Esobedo, origen de ambas prisiones, cabe al suspiroz y taimado monarca la responsabilidad mas estrecha ante la historia.

JOAQUIN ARNAU É IBAÑEZ.

París.

El brillante éxito de *Lolotte* se preveía desde que fueron conocidos los nombres de sus autores. Apenas se anuncia obra nueva de Méilhac y Halevy, se sabe ya que el triunfo es seguro. Augier ha escrito comedias que han pasado desapercibidas; Sardou, tan maestro en alcanzar éxitos, ha tenido fracasos memorables; Dumas ha contado por cada triunfo una derrota; Hennequin y Najac cuentan cuatro derrotas por cada triunfo; Méilhac y Halevy no se han visto nunca abandonados por la victoria. Bien sea creando aquellas sátiras extravagancias, puestas en música por Offenbach, critica mordaz é intencionada de la mitología y de la historia; bien trazando de mano maestra en *Frou-frou* el tipo de la parisienne de nuestros días, caprichosa, voluble, aturrida, insaciable, seductora, aventurera, llevando á su alrededor la dicha y el tormento, apasionada á veces, superficial y trágica; bien sea trazando las ligeras escenas de una pieza en un acto como *Lolotte*, escrita en breves horas y destinada á presentar á Celina Chaumont al público del Vaudeville, estos afortunados autores imprimen siempre el sello de su genio á cuantas obras producen.

Lolotte es una cómica á la moda, un portento en el género naturalista; nadie como ella sobre las tablas sabe lanzar las crudas trases del populacho; posee el argot de Menilmontant y de Belleville de una manera prodigiosa; cuando en medio de una escena interesante pronuncia alguna interjección de esas que solo se oyen en los barrios extremos de París, tempestades de aplausos resuenan en torno de la artista. No es, pues, de extrañar que una dama del mejor mundo, como aquí se dice, ansiosa por ofrecer novedades á la sociedad que frecuenta su casa, tenga la idea de representar una obra naturalista, y llame á *Lolotte* para que la dé algunas lecciones. *Lolotte* acude; la primera lección es magistral; el público del Vaudeville ríe de una manera que raya en locura; pero aún hay mas;

el amante de Lolotte llega, y la artista se apena, sin grande esfuerzo, de que aquel infiel se hallaba á punto de pasar á ser el amante de la gran dama... Entonces sí que el naturalismo se desborda: los improperios llueven, las pintorescas frases de argot menudean; en fin, la lección es completa... Al ruido del escándalo, armado por Lolotte, entra el marido de la gran señora, y observa que el objeto de la disputa es el joven de agradable fisonomía que allí está presente. Lolotte que es generosa, tiene compasión de su rival, y llevándose del brazo á su amante, exclama al salir: ¡Ea! ¡Ya os he dado mi primera lección de naturalismo! Este acto sencillo, pero de una alegría irresistible, es indudablemente anuncio de obras de mas importancia que al Vaudeville destinaron los inspirados autores de *Frou-frou*, *Le Réveil* y *Fanny Lear*.

No hace mucho tiempo que os he hablado del marqués de Carbonnel: él fundó *La Civilización*, él llena diariamente dos columnas de este periódico con los anuncios de su agencia de sirvientes domésticos; él tiene á la puerta de su oficinas un cartel en que se ofrecen «*criados de los legitimistas*»; él ha sido uno de los mas ardientes organizadores de los banquetes del 29 del mes pasado, y decidido partidario de la candidatura de D. Carlos de Borbon para heredero del trono de Francia: pues bien; este hombre incansable acaba de fundar una asociación titulada «*Sociedad de socorros mútuos de los legitimistas de acción*».

Pero, ¡pobre marqués de Carbonnel! Sin duda no ha leído á Machiavelo, y no se hallaba, por tanto, prevenido contra las ingratiitudes de los principes. El conde de Chambord le ha pasado una comunicación poniendo freno á su actividad y á su entusiasmo, documento en el cual se leen las siguientes líneas: «*Monsieur el conde de Chambord os ruega que suspendais el reclutamiento y los actos de vuestra organización hasta que el mismo dé á los realistas la señal de la acción*».

He ahí un principe ingrato. Hace algun tiempo manifestó solemnemente que llegaba la hora «de las resoluciones visibles». El marqués de Carbonnel quiso obedecer á su señor y estableció la agencia de criados que hoy con tanto éxito dirige, creyendo que era esta la resolución mas viril que podía tomarse. La sociedad de socorros mútuos de los legitimistas de acción, iba á dar un resultado tan próspero como la agencia de criados; ¡por qué el conde de Chambord, por cuya causa se agita tanto el entusiasmo marqués, se atraviesa así en el camino de este hombre extraordinario? No lo comprendo.

El legítimo rey se reserva la señal de la acción. Alguna sorpresa importante nos esperaba... quizás por el estilo de la que nos dió el marqués de Carbonnel al acercarse la hora de las resoluciones viriles.

Las mujeres si que van á tener que tomar alguna resolución viril si la nueva manera de despedirlas continúa. Corre en estos momentos el rumor de que en Puteaux una joven ha desaparecido de la casa de su amante, con quien vivía; la madre acude y pregunta en vano al Tenorio en cuestión, dónde está su hija; éste la contesta que se ha despedido de ella, y que ignora su paradero. Se hacen averiguaciones, y se viene pronto en conocimiento de que la joven ha sido asesinada.

La prensa conservadora, en vista de esta repetición de crímenes, exclama: «¡Son los comunistas que regresan!»

—¡Son los conservadores que empiezan á rebiar!—exclama la prensa democrática.

Laborioso es el ingreso de Enrique Martin en la Academia. Suspendida primero su recepción á causa de la actitud de Olivier, que quiso hacer en su discurso alarde de su hostilidad á la República, fué preciso aplazarla algun tiempo con objeto de dar á Olivier un sucesor; es sabido que recayó la elección en Marmier, quien inmediatamente comenzó su discurso de contestación al académico entrante, Marmier es tarde y difícil para escribir; tres ó cuatro veces ha sido aplazada la fecha en que debe verificarse aquella solemnidad, por no haber terminado Marmier su trabajo. Anunciase, al fin, que el discurso está acabado, y dícese al mismo tiempo que en él se nota una gran indiferencia hacia la memoria de Thiers. Se le hacen á Marmier observaciones, y éste las atiende y se decide á rehacer su obra.

Desde hace un mes se pasea todas las mañanás á la entrada del Bosque de Bolonia un hombre envuelto en una enorme levita, y absorto en las mas profundas reflexiones: es Marmier, que trabaja todavía en la contestación á Enrique Martin.

Cuando pienso en las innumerables crónicas que en estos cinco meses han escrito Pedro Veron, Monselet, Montjoyeux y Scholl, y veo luego á Marmier pasearse preocupado y reflexivo por la alameda Ranelagh, exclamo:

—¡Oh felices académicos! ¡Hace falta tener un cómodo sillón, un despacho silencioso, buena lumbre en la chimenea, y una levita como la de ese hombre... para invertir medio año en escribir un discurso!

La reprise de *le Lion empaillé*, de Leon Gozlan, ha vuelto á poner á la moda la popular canción de *Drum, Drum*, que todos conocen en Francia. Las anécdotas sobre Leon Gozlan menudean, y reemplazan á las de Labiche. París sin anécdotas, no sería París: suprimid la anécdota, y queda suprimido el boulevard.

Un recuerdo de Leon Gozlan para los aficionados. Un periódico dijo en cierta ocasión: «Leon Gozlan, atravesando el Océano se puso al frente de una sublevación contra el capitán del buque que lo conducía, el capitán fué muerto por los amotinados, y Gozlan y sus camaradas saquearon el buque. Hé ahí cómo ese hombre ha comenzado su carrera.»

El director del citado periódico recibió la carta siguiente:

«Todo cuanto decís en vuestro número de hoy es cierto, absolutamente cierto; pero se os ha olvidado una cosa: despues de matar al capitán del buque nos lo comimos.»

Dignaos añadir este dato á los muy verídicos que habeis publicado.—Leon Gozlan.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

París 10 de octubre de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Alcaz. dona. 2.